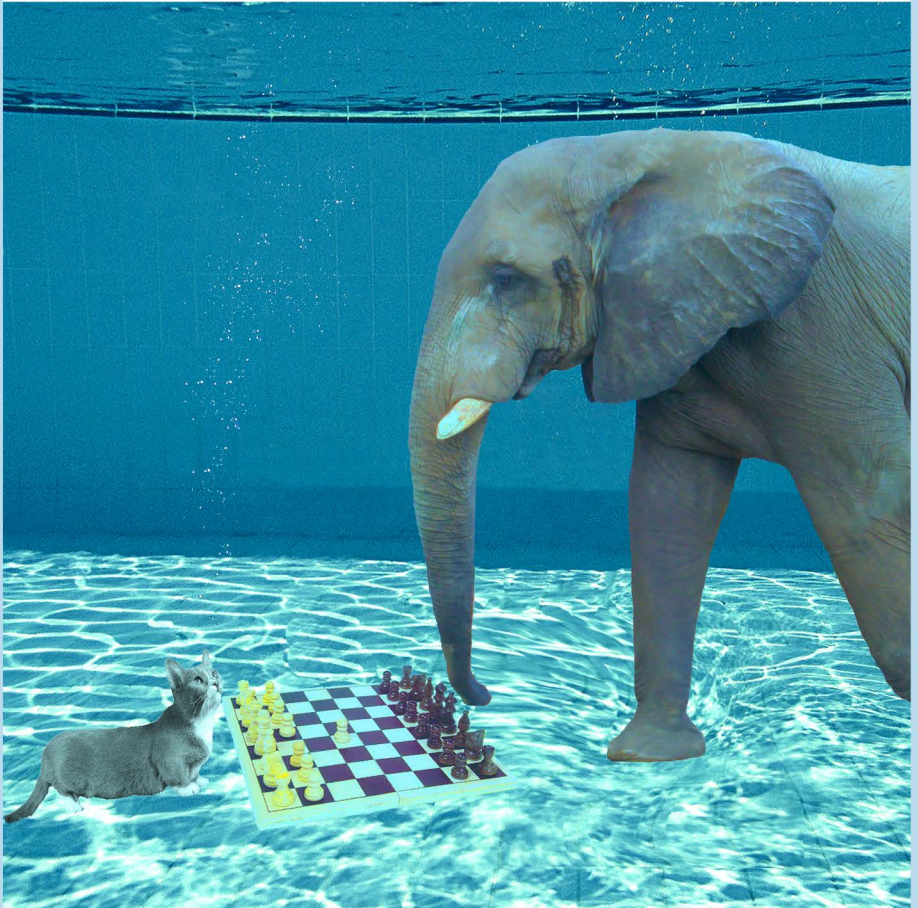


YOKO OGAWA

Bailando con elefante y gato



Bailando con elefante y gato

COLECCIÓN
LITERADURA

Yoko Ogawa

Bailando con elefante y gato

Traducción de Juan Francisco González Sánchez



Primera edición: noviembre de 2015

Título original: *Neko wo Daite Zô to Oyogu* (2009)

© Yoko Ogawa, 2009, 2015

Edición original japonesa publicada en 2009 por Bungeishunju Ltd., Tokyo
Derechos de traducción acordados con Yoko Ogawa
a través del Japan Foreign-Rights Centre y Ute Körner Literary Agent, S. L.
www.uklitag.com

© de la traducción: Juan Francisco González Sánchez, 2015

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2015

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-944443-2-6

Dep. Legal: M-35568-2015

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Indira y Peón*, © Gian Luca Luisi, 2015

Producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

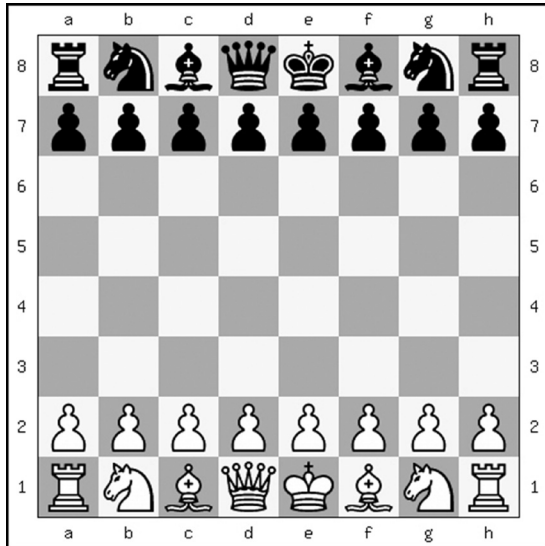
Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Bailando con elefante y gato



Rey (R)

Gran patriarca que ha de evitar a toda costa ser acorralado. Avanza, meditabundo, casilla a casilla en cualquier dirección.

Dama o Reina (D)

Llega a cualquier lugar, tanto en vertical u horizontal como en diagonal. Símbolo de máxima libertad.

Alfil (A)

Sabio solitario que se desplaza en diagonal. Desciende de su antepasado el elefante.

Caballo (C)

Pegaso que salta por encima de contendientes y aliados dibujando una «L».

Torre (T)

Carro de combate que embiste tanto en vertical como en horizontal.

Peón (P)

Pequeño y valeroso, bajo ninguna circunstancia se bate en retirada.

COMENZARÉ ESTA HISTORIA MUCHO antes de que a Little Alekhine¹ le empezaran a llamar así, cuando no tenía más nombre que aquel común y corriente que sus padres le habían puesto.

Apenas cumplidos los siete años, acompañaba a menudo a su hermano pequeño y a su abuela a un centro comercial, y esto se convertía en un pequeño motivo de alegría a pesar de que

1. Alexander Alekhine (1892-1946) fue un ajedrecista ruso nacionalizado francés, campeón mundial que murió en posesión del título. Conocido por su estilo agresivo y combinativo entre los jugadores clásicos. Muchos biógrafos lo consideraron iracundo, caprichoso, alcohólico y aficionado a los juegos de azar. Es de destacar la afición y el cariño que Alekhine tenía por los gatos. Tuvo un gato siamés, al que llamó *Chess (Ajedrez)*. En recuerdo de esta afición, al pie de la tumba de Alekhine aparece también una pequeña escultura de un gato. (*Todas las notas son del traductor.*)

los veinte minutos de trayecto en autobús se le hacían insostenibles, como se le hubieran hecho en cualquier otro medio de transporte. A tal inconveniente se le añadía el hecho de que en ningún momento recibía la promesa de que fueran a comprarle un juguete o de que pudiera disfrutar de un menú infantil en un restaurante del centro comercial, o de cualquier otra de las típicas cosas que se hacen en estos lugares, y, sin embargo, aquello no dejaba de ser una maravillosa experiencia para él.

Mientras su hermano y su abuela recorrían las tiendas —aquel se detenía a mirar las maquetas montables de trenes y submarinos, y esta los vestidos de seda y los bolsos de piel de cocodrilo—, él pasaba el rato solo en la azotea. Como en todas las azoteas de todos los centros comerciales de la época, había un tióvivo y unas tazas giratorias desde donde llegaban los gritos alborozados de los chiquillos.

No obstante, él ni siquiera miraba las atracciones. ¿Para qué exponerse a la vaga sensación de mareo que le sobrevenía, si ni siquiera tenía dinero para una entrada? Sin más rodeos atravesaba la azotea, pasaba por la parte de atrás de la noria y rodeaba la valla y la pared de la sala de calderas hasta alcanzar un rincón y quedarse allí de pie, como si fuera su sitio reservado, enfrente de un pequeño letrero que rezaba:

«En recuerdo de Indira, elefanta que llegó de la India con motivo de la inauguración del anterior centro comercial. Des-

canse en paz. Fue recibida en préstamo como cría de elefante y, aunque se acordó su cesión a un zoo al llegar a la edad adulta, la gran popularidad de que gozó retrasó el momento de la despedida, y poco a poco fue alcanzando un tamaño que, finalmente, imposibilitó sacarla de la azotea, debido a lo cual estuvo treinta y siete años en este lugar prodigando hasta el final de sus días su simpatía a todos los niños que la visitaban»

No había duda de que el texto del cartel era difícil de entender para un niño que acababa de empezar a aprender a leer y a escribir en el colegio, pero la abuela se lo había leído tantas veces que el niño se lo sabía de memoria.

A modo de recuerdo de Indira habían colocado, junto al soporte del letrero, una argolla de hierro ya herrumbrosa y tan pesada que la mano de un niño era incapaz de levantarla. A continuación del texto había un dibujo que mostraba a Indira engalanada con guirnaldas y abalorios al estilo indio mientras alzaba su trompa con cierta ostentación. Pero él enseguida había comprendido que tal representación de Indira era falsa, puesto que al dibujo le faltaba la argolla de hierro en la pata.

Allí, de pie, durante largo rato el niño dejaba volar sus pensamientos mientras el viento le enfriaba las mejillas, e imaginaba a la pequeña Indira en el momento de llegar a la azotea en el ascensor, a los maravillados visitantes que lanzaban exclamaciones ante tan exótico ser e intentaban a empujones

tocarlo siquiera ligeramente, a los niños a hombros de sus padres que soltaban curiosos grititos, mientras Indira, con los ojos abiertos como platos y balanceando la trompa, engullía un plátano.

Con el tiempo, llegó el día de decirle adiós, y se celebró un solemne evento para despedir a la elefanta en el que los niños, con lágrimas que les corrían por las mejillas, procedían a la lectura en voz alta de sus cartas de despedida. En el momento de irse, Indira, siguiendo las instrucciones de sus cuidadores, intentó acceder al ascensor. «Vaya», exclamó alguien cuando la cabeza de Indira la elefanta chocó con el techo que le impedía entrar. Los cuidadores sujetaron con todas sus fuerzas la base de la trompa con varas, mientras algunas personas se agolparon para empujar el trasero de la elefanta. Indira no llegaba a entender qué diantres estaba ocurriendo allí, y habría deseado saber responder a aquello que se le estaba pidiendo, sobre todo a lo que le exigían sus cuidadores; así que pareció ingeniárselas para colaborar a su manera agitando las orejas y enrollando la cola, aunque dichos intentos no tenían visos de alcanzar ningún fruto. Lo único que acabó consiguiendo fue que se le saltaran las lágrimas de dolor ante la imposibilidad de poder entrar en la cabina del ascensor, a pesar de los esfuerzos de todo el mundo. Sencillamente, era demasiado grandota, de modo que la única opción posible era bajarla por las escaleras.

—Buena chica. Despacio... Tú puedes, eres lista. Escalón a escalón. Así, primero una pata y luego la otra. Cada vez que bajes un escalón te daremos un premio. A ver... inténtalo.

Todos coreaban palabras de ánimo a Indira, la acariciaban o la azuzaban, pero no hubo manera. Era la primera vez en su vida que el animal veía unas escaleras y temblaba de miedo.

Indira regresó cabizbaja al lugar de la azotea donde había tenido lugar el evento y en el que una pancarta rezaba: «Hasta siempre, Indira». No había hecho nada malo y, sin embargo, parecía haber decepcionado a todos por alguna razón que parecía depender de ella.

Inmediatamente se pusieron en marcha las obras para acomodar lo mejor posible a Indira en la azotea y convertir esta en su casa. Se elevó la altura de las barandillas, se sustituyeron y aseguraron las cerraduras, y a la elefanta se le fijó una argolla unida a una cadena.

Ante la insistencia de los niños, Indira levantaba muy alto la trompa para complacerles, sabiendo que así disfrutaban y lanzaban gritos de alegría que ocultaban el crujido de las cadenas. Lo hacía como si se tratase de un trabajo oficial y rutinario, pero se sentía muy orgullosa de que su trompa alegrase a los chiquillos. Había, no obstante, visitantes desconsiderados que le arrojaban latas de cerveza y la insultaban:

—¡Eh, gordinflona! ¡Mira hacia aquí!

Pero lo peor eran los días de lluvia que coincidían con los días de cierre. Indira entonces se encontraba muy sola, sin un solo árbol frondoso bajo el que cobijarse. No le quedaba otro remedio que aguantar el incesante golpeteo de la lluvia, junto al tiovivo y la noria inmóviles, mientras trataba de consolarse dando breves paseos de izquierda a derecha, constantemente restringidos por la cadena, dentro de los límites de un pequeño semicírculo en el interior de una pequeña jaula.

De modo que Indira pasó sus treinta y siete años de vida en la azotea del centro comercial, sin posibilidad de escapar, por mucho que lo deseara, de aquel lugar tan alejado de tierra firme. Sus cuatro patas, que por su naturaleza habrían debido estar manchadas con el barro húmedo y blando de la jungla, no llegaron a pisar el suelo de ningún zoo, estuvieron toda una vida allá arriba, en las alturas.

Mientras las fantasías relacionadas con Indira le brotaban incesantemente, ninguno de los otros niños, cuya alegría se multiplicaba en los juegos y las atracciones, prestaba atención a aquel chico abstraído en un rincón. Los pajarillos revoloteaban grácilmente por un cielo del todo despejado, y el algodón de azúcar despedía su dulce olor. ¿Quién iba a estar pendiente de un viejo y gastado letrero? Indira monopolizaba la atención del niño.

Él mismo no se explicaba por qué le llamaba de ese modo la atención la elefanta del centro comercial. Es más,

aunque no podía imaginárselo aún, el recuerdo vívido de aquellos días en la azotea jugaría un importante papel en su vida. Tampoco tenía palabras para explicar qué era lo que había en su mente y que lo conectaba con la elefanta. Simplemente permanecía de pie sobre el lugar donde Indira había abandonado este mundo.

A veces, con el deseo de percibir, por leve que fuera, algún rastro dejado por Indira, se postraba de rodillas e inspiraba el olor de la argolla que, por llevar años allí expuesta, no conservaba, por supuesto, un solo pelo del animal, pero cuya herrumbre como de trapo ennegrecido, como de empaste de muela con caries, desprendía tal olor que el niño se convencía por completo de que había pertenecido a Indira.

¿Qué estado de ánimo experimentó Indira al percatarse de que por el resto de su vida no se movería de ese lugar? Se desesperó y miró hacia abajo, entre los barrotes de la barandilla. Soñaría tal vez que con las orejas desplegadas a modo de alas, volaba fuera de allí. Tal vez se le encogería el corazón, su dulce corazón, pensando en que su peso, si aumentaba, podría acabar aplastando todo el centro comercial.

De pronto el niño se dio cuenta de que no era solo compasión lo que sentía hacia ella. Al reconocimiento de lo desgraciada que debía de haber sido, se le unía, desde algún rincón de su corazón, un atisbo de envidia: encerrada toda una vida en la azotea, sin posibilidad de escapar...

Soltó el niño un largo suspiro. Era demasiado infantil para tomar en consideración los diversos problemas que le afectaban. Todavía no superaba el metro de altura y sus pupilas conservaban aún el verde intenso de cuando todavía era un bebé.

Justo entonces aparecieron la abuela y el hermano pequeño.

—¡Hermano!

A pesar del alboroto en la azotea, la voz del hermano pequeño llegó clara a sus oídos. Al verle acercarse corriendo hacia él con las manos vacías, comprendió que ese día tampoco le habían comprado nada, como por otro lado era de esperar. Pero al hermano pequeño no parecía importarle. Se abalanzó a los brazos de su hermano mayor y se lanzó sin respiro a relatar las nuevas adquisiciones de la juguetería en materia de maquetas y lo fascinantes que estas eran.

—Tendréis hambre. Vamos a comer...

La abuela ya se había sentado y se masajaba las rodillas. Se limpió las manos en el trapo que había extendido sobre el banco y sobre el cual se había sentado y, tras hurgar en el interior de una bolsa que llevaba consigo, sacó un paquete envuelto en papel y una cantimplora. Los dos hermanos se sentaron cada uno a un lado de la abuela.

El banco estaba precisamente junto al letrero. Los demás visitantes nunca se sentaban allí. Parecía un error que justo en

ese lugar hubiera un banco medio podrido, o quizás lo habían colocado expresamente para ellos tres. Elevaron la vista hacia el mismo cielo que había contemplado Indira y dieron buena cuenta de los bocadillos con salsa tártara y del té azucarado con limón que tranquilamente compartían en un mismo vaso. Mientras tanto, el hermano pequeño continuó con la narración de las maravillas de la juguetería.

—¡Tomad más! —les exhortó la abuela mientras ofrecía más comida a sus nietos.

Las explicaciones del hermano menor continuaban y el mayor permanecía atento a estas, sacudiendo de vez en cuando las migas de pan que caían sobre su jersey y guardando silencio, sin decir ni una sola palabra acerca de sus fantasías sobre Indira, ni siquiera cuando el relato del pequeño fue decayendo.

—Para el próximo cumpleaños, vamos al gran comedor a comer un menú infantil, ¿vale? —dijo el hermano pequeño saltando del banco tras el breve almuerzo.

Entonces los dos se subieron a horcajadas sobre los animales más simples y anodinos que había en las atracciones de la azotea. Los animales mecánicos en los que se podían montar eran jirafas, leones y elefantes, y, al insertar una moneda, se movían arriba y abajo durante un minuto. Los niños no introdujeron ninguna. El mayor dejaba caer su peso sobre el animal y así producía un leve balanceo, mientras que al pequeño era

la abuela quien lo mecía al tirar de un asidero. Lo bueno era que, de esa manera, podían disfrutar del viaje durante dos, tres o los minutos que hiciesen falta.

El hermano pequeño siempre se decidía por el animal más poderoso, el león, y el mayor, por la jirafa. A ninguno de los dos se le pasaba por la cabeza subirse al elefante.

Los hermanos vivían con sus abuelos en una esquina del canal bordeado por una hilera de viejas casas, a poca distancia de la parada final de autobús. Los padres se habían separado al poco de nacer el hermano menor, y la madre había regresado a casa de sus padres con los dos hijos, pero había fallecido a consecuencia de un derrame cerebral poco después.

La casa de los abuelos era alta y estrecha, como si la estuvieran estrujando las dos casas colindantes, y tenía tres pisos coronados por una especie de tejado de tres picos. Tal era su estrechez, que los carteros a menudo no se percataban del número de la casa y pasaban de largo con el correo. El hueco entre la pared de la casa vecina y la suya apenas era suficiente para meter una mano y estaba completamente sumido en la oscuridad. Corría el rumor de que, hacía mucho tiempo, una niña se había adentrado casualmente por el hueco y no había sido capaz de volver a salir jamás. Mientras los adultos no paraban de buscarla por todas partes infructuosamente, ella,

oculta a los ojos de todos, fue convirtiéndose poco a poco en una momia, formando casi parte de la pared. Teniendo en cuenta tales historias, no era de extrañar que la amenaza más temida por los niños del vecindario fuera: «Como no te portes bien, vas a acabar entre las dos paredes».

Lógicamente, acorde con el exterior, el interior de la casa era estrecho. El papel de las paredes era de un color apagado, los marcos de las ventanas se mostraban deteriorados debido a su exposición a la brisa marina, y los electrodomésticos estaban anticuados. Solo los muebles estaban en buen estado, cosa que había que agradecer al abuelo, que había habilitado uno de los pisos para instalar un taller, en el cual se dedicaba a restaurar muebles estropeados. El niño siempre se había preguntado, como si de un misterio insondable se tratara, si no le merecería más la pena al abuelo fabricar muebles nuevos, cosa que, además, le proporcionaría mayor satisfacción personal. ¿Por qué había decidido rodearse solo de muebles rotos?

—A los nuevos les sobra vigor —se limitaba a decir, siempre parco en palabras, el abuelo—. Debo prestar atención a los que ya no están para muchos trotes.

El niño no lo acababa de entender, pero, como no quería distraer al abuelo de su trabajo, se contentaba con asentir.

Virutas de madera arremolinadas, un sofá con cojines sin funda, cajones amontonados en precario equilibrio, una silla a la que se le había desprendido una pata, etcétera, se

encontraban dispersos por el taller. Aunque la abuela hacía lo posible por evitar que entrara en ese lugar, porque se le ensuciaba la ropa, al niño le encantaba visitar al abuelo en pleno trabajo. Tenía ante él un tablero de un imponente aparador —qué grande sería el recibidor del caserón del que provenía—, con sus delicadas filigranas talladas cubiertas de virutas y el fondo de los cajones al descubierto, en un ambiente de absoluta tranquilidad que le bastaba al niño para constatar el talento del abuelo.

En cuanto a la abuela, tenía un paño siempre en la mano, estuviera dentro o fuera de casa, despierta o dormida. No había un solo momento en que se desprendiera del dichoso paño de algodón con florecillas blancas estampadas que, aunque servía para secar la vajilla, el niño no recordaba haberlo visto cumplir su función original.

La abuela se enjugaba el sudor de la frente con el paño mientras removía la olla hirviendo, se sonaba la nariz con él mientras ayudaba a sus nietos a cambiarse de ropa, y lo enrollaba y desenrollaba mientras se paraba a charlar con las vecinas. Y por la noche, para dar descanso a sus manos, cansada de tanto hacer calceta, hacía como que escribía algo sobre el paño con uno de los extremos de la aguja de punto.

Fuese su amuleto, su libro sagrado o su ángel de la guarda, el caso es que, más que ninguna de estas cosas, era ya parte de su propio cuerpo. La prueba de ello es que nunca lo ponía en la

colada, así como tampoco habría sido posible que se arrancase una parte de su cuerpo y la colgara en el tendedero. El estampado de florecillas del paño iba desapareciendo, y el paño, a su vez, ganaba unas tonalidades imposibles de conseguir mediante cualquier material de dibujo al uso. Y, además, desprendía un olor realmente extraño. Así que iba poco a poco mimetizándose cada vez más con la propia piel de la abuela.

El hecho de que todo esto hubiera llegado a ser así, estaba relacionado con la pérdida de su hija y madre de sus dos nietos. El día del funeral, había salido a despedir a los asistentes, tras lo cual se sentó junto a la mesa del comedor y tomó en sus manos un paño que reposaba sobre una de las esquinas de esta. Ahí comenzó todo. La abuela se aferró al paño y lloró hasta la última lágrima, otorgándole el nuevo papel de pañuelo. El abuelo se había quedado observando el canal que se veía a través de la ventana hasta que, al fin, entre los dos cogieron en brazos a sus nietos, que se habían quedado dormidos de agotamiento sobre el sofá, y los llevaron a acostar.

El niño era extraordinariamente callado, y los vecinos tendían a pensar que había salido a su taciturno abuelo, pero en realidad había otra razón un tanto oculta. Cuando nació, tenía el labio superior adherido al inferior, motivo por el cual no rompió a llorar tras el parto.

Tal fenómeno no es del todo excepcional en los recién nacidos. No obstante, en el caso del niño, los labios estaban bien formados. Era solo una línea de fina piel y de mucosa que no se separaba por mucho que se tirase, y que mantenía fuertemente unidos los dos labios. De hecho, era la primera vez que los médicos veían algo así.

El recién nacido parecía a veces empeñado en mostrar a los demás el oscuro interior de su boca; otras, parecía perplejo por el eco de una voz que no encontraba orificio de salida y se atascaba en el pecho.

Sin tiempo que perder, se procedió a intervenirlos quirúrgicamente, de manera que el bebé se encontró sobre la fría mesa de operaciones sin apenas haber descansado en brazos de su madre. Sus labios eran más pequeños que el meñique del cirujano, y se le veía tan enclenque que se podía dudar de si se había desarrollado lo suficiente como para venir al mundo. Le estiraron los labios todo lo posible, y se procedió a realizar una fisura con el bisturí. Lo que tenían que haber dejado hecho los dioses, debía ejecutarlo la temblorosa mano de un cirujano. Pero ¿no cabía también la posibilidad de que precisamente lo que los dioses habían querido era preservar la felicidad del niño, y con este fin le habían dejado los labios sellados?

En la tarea de darles la forma que se espera que tengan unos labios, estos sangraron, fue retirada la piel y dejada la carne viva. El cirujano injertó en la zona un poco de piel de la pierna del bebé.

Al abrir los ojos, una vez pasados los efectos de la anestesia, no tardó el bebé en percatarse de lo que le había sucedido. «¿Es así como debo mover los labios?», parecía preguntar con la mirada a quien por allí anduviera. Y lloró, al fin, y su llanto, todavía entrecortado por el efecto del resto de la anestesia, o tal vez porque le habían diseñado los labios precipitadamente, fue la primera voz que emitió al mundo.

No es posible saber con certeza si existe alguna relación entre los hechos narrados hasta aquí y el silencio del niño, pero no hay duda de que en el momento de nacer le faltaba el sitio por donde pudieran salirle las palabras. Los labios que le acababan de otorgar eran, se mirase como se mirase, una vana imitación.

A pesar de su carácter taciturno, no sufrió retrasos en la capacidad de hablar. Antes al contrario, para cuando empezó a caminar ya había comprendido que a cada cosa le correspondía un nombre, y se los fue aprendiendo todos a una velocidad pasmosa. Fue la abuela la primera persona que se dio cuenta de la inteligencia del niño cuando, un día, revolviendo el costurero mientras repetía: «La aguja de coser... la aguja de coser...», y el niño le mostró su único juguete, un osito de peluche.²

2. En japonés, la palabra correspondiente a aguja de coser es *nuibari*. Así pues, «*nuibari... nuibari...*» es lo que la abuela dice mientras revuelve el costurero. La coincidencia entre las dos primeras sílabas de *nuibari* (la «u» y la «i» no forman diptongo en japonés) y las dos primeras del vocablo correspondiente a osito de peluche, *nuigurumi*, es lo que explica la inmediata asociación que hace el niño entre ambos objetos.

—Vaya. Te has dado cuenta de que estaba buscando algo para ti, ¿eh? Ay, pero qué listo. Gracias —dijo la abuela tomando el peluche en sus manos y llevandoselo a la mejilla en un gesto de ternura, tras el que procedió a bordarle la palabra «oso» en el trasero.

Otra cosa sobresaliente en el niño era su excepcional capacidad de concentración. Por lo que fuera, le había llamado la atención la cremallera de la bolsa de la compra de la abuela, y podía pasarse el día entero abriéndola y cerrándola, y pasando la mano por el forro interior y por el exterior de la bolsa a la vez que iba mordiendo todas y cada una de las piezas que lo componían sin levantar la cabeza si alguien lo llamaba. Al tercer día, la bolsa acabó rompiéndose.

Debido a que la piel trasplantada provenía de la espinilla, le creció vello en los labios, y, cada vez que hablaba o dejaba escapar el aire, el vello vibraba. Preocupada por las cicatrices de la operación, la abuela, sin poder evitarlo, terminó por centrar su atención exclusivamente en la boca del niño, de modo que se hizo una experta en interpretar las variaciones del vello labial, como por ejemplo cuando él la miraba fijamente y ella podía hacerse una idea de lo que estaba pensando en función de la sutil inclinación de los pelillos. Por ello al niño le agradaba estar con la abuela, aunque se volvía aún más callado delante de ella. Terminó por utilizar solamente el movimiento del vello en lugar de palabras para conversar con ella.

Curiosamente, el momento de mayor locuacidad del niño era el intervalo de tiempo antes de quedarse dormido, una vez que ya se había acostado. La caja-cama donde dormía procedía del reciclaje de las cajas que había en la sala de estar junto a la estufa. Por su parte, el hermano pequeño dormía en la habitación de la abuela de la segunda planta, así que el mayor pasaba la noche completamente solo.

El abuelo había construido esa caja-cama. Había reforzado las tablas y puesto un colchón. Los laterales, que dejaban a la vista la cara interna de contrachapado, los había empapelado con un papel que tenía dibujos de aviones, y había instalado unos rieles para colgar unas cortinas.

Esos pequeños arreglos habían hecho de la cama un magnífico habitáculo. Pero el abuelo no se había quedado satisfecho del todo, así que había instalado una bombilla en la cabecera de la cama, pintado de azul celeste la puerta de doble hoja, y había arreglado esta de forma que se pudiera abrir y cerrar desde dentro. El niño podría cerrar y quedarse totalmente aislado del exterior.

—¿No te faltará aire? ¡Así te vas a desmayar! —protestaba la abuela, siempre preocupada en exceso por sus nietos.

«¿Qué dices, abuela? Claro que no», replicaba el niño para sí.

El abuelo había sacado de nuevo la caja de herramientas, que ya había guardado, y había hecho una mirilla cuadrada

en la parte superior de la puerta con el propósito de tranquilizar a la abuela, puesto que si bien hacía las veces de respiradero era lo bastante pequeña como para que no supusiera una invasión en la intimidad del niño. El abuelo conocía bien al nieto y sabía lo que quería.

Terminada la caja-cama, el hermano pequeño se había mostrado tan entusiasmado y alborozado que insistió en dormir allí él también, y al mayor no le quedó más remedio que cederle el sitio por esa noche. Pero no habían transcurrido treinta minutos cuando se volvió a abrir la puerta y tras ella apareció el hermano pequeño llorando desconsoladamente.

—Si duermo en un sitio tan estrecho, no creceré nunca —se había quejado sin querer admitir su derrota.

De modo que, según lo previsto, la caja-cama fue solo para el hermano mayor.

Era su caja, solo para él, arrancada a la oscuridad. Se acurrucaba entre las mantas, en guardia y atento a las señales del exterior, que parecían provenir de remotos lugares mucho más allá de la puerta. Al niño le gustaba dejar la habitación en total oscuridad y sentir que esta no variaba, abriera o cerrara los ojos, y también disfrutaba proyectando sombras con la luz tenue de la bombilla de la cabecera y contemplándolas largamente. Era como si habitara en el interior de un caleidoscopio o un proyector de diapositivas, y se sentía inundado por un

sentimiento de absoluta exclusividad en un mundo invisible al resto de la humanidad.

No era solo eso... Además, tenía con quien hablar: la niña que había quedado atrapada en el hueco entre las dos paredes. Cuando el niño se daba la vuelta en la cama hacia el lado izquierdo, era esa la pared que quedaba directamente frente a él.

—Buenas noches, Momia... —decía el niño, siguiendo la costumbre de los adultos, que siempre la llamaban así, pues creía que ese era de hecho su nombre—. Ya hemos cogido el hábito de encontrarnos todas las noches, ¿verdad? Menos mal. Si fuera por la mañana, ¿cómo nos saludaríamos? Donde tú estés es siempre de noche...

Cada vez que la llamaba Momia, al niño le sonaba como un nombre bonito.

—Hoy también he ido a la azotea a ver a Indira y he descubierto que el suelo de la jaula está un poco hundido. La lluvia de la noche anterior ha formado un charco ahí. Es la huella dejada por Indira. Vi que había larvas de mosquito en el agua, pero ¿cómo llegarían hasta allí, hasta esa altura? ¿Tendrían el mismo problema que Indira y no podían hacer nada para salir de allí?

Las únicas ocasiones en que el niño se refería a Indira era cuando conversaba con la Momia, puesto que no habría nadie como ella que entendiera todo lo relacionado con la elefanta.

Una de estas veces, durante unos instantes, el niño se quedó como navegando a la deriva sobre su caja-cama. Se encogió de hombros y, acurrucándose en un rincón, no tardó en volver a dirigir la palabra hacia la pared exterior. Nunca hablaba tanto como cuando se encontraba en la caja-cama.

—¿Has montado en avión de hélice alguna vez? —preguntó con la mirada clavada en uno, que formaba parte de los dibujos de la pared y que volaba por el espacio interestelar. Todavía flotaba en el aire el olor a la cola que había usado el abuelo para empapelar la pared—. Dicen que en avión puedes ir a sitios muy lejanos, pero no sé de nadie que haya volado en avión. ¿Para qué ir tan lejos? No lo entiendo... —continuó el niño con la oreja apoyada en la pared.

Sabía que la voz de la Momia no llegaría hasta él, pero ponía la oreja así, como ofreciéndole a ella un gesto de cortesía. Lo único que llegaba al oído del niño era el zumbido de la bombilla.

—Buenas noches, Momia...

Apagó la luz y cerró los ojos. Al hacer esto, apareció bajo la oscuridad de sus párpados la Momia, a la que volvió a desear buenas noches, en silencio. Y así todas las noches.

La Momia era una niña muy pequeña, lógico, pues había cabido en el hueco formado entre dos paredes. Lo curioso era que se excusaba —aun sin razón clara para ello— y pedía a la gente que no se preocupara por ella porque se encontraba bien

así, emparedada, pues el hueco en que estaba era suficientemente grande.

Cuando miraba hacia la Momia, al niño no le salían todas las preguntas que deseaba hacerle. ¿Por qué se habrá metido en el hueco? Por lo que le había ocurrido a Indira, el niño había aprendido que no era muy agradable sacar en la conversación el tema de una situación que ya no tuviera marcha atrás. ¿Por qué no habrían enviado antes al zoo a la elefanta? ¿Por qué se habría metido la niña en el hueco de la pared? Una vez que había comprendido que, llegados a tales tipos de situación, no había punto de retorno posible, preguntar solo servía para reavivar las tristezas. Así, el niño se guardaba para sí las preguntas. Sus labios ya habían estado pegados antes y ahora también los mantenía rigurosamente sellados.

¿Acaso una valiosa canica se había introducido rodando en el hueco entre las dos paredes y la Momia, para alcanzarla, se había acabado metiendo allí? ¿O pensaría haber encontrado un buen escondrijo cuando jugaba al escondite? ¿Había sido la simple y mera curiosidad por saber qué había en lo más hondo de aquella oscuridad? Tal vez probase distintos modos de alcanzar la canica. Se recogería la falda, y sus mejillas y rodillas sangrarían mientras se rozaban contra la pared. Sus huesos crujirían y gritaría para pedir auxilio, aunque, por mucho que se desgañitara gritando, el aire salido de su boca chocaría contra las paredes y caería a sus pies. Su cuerpo se

quedaría inmóvil y, a pesar de todo el esfuerzo, no podría más que levantar la mirada para percatarse de que el cielo era solo una fina línea al fondo que se iba apagando a medida que caía la tarde. La oscuridad debió de acabar engulléndola y su silueta imprimiéndose en las paredes. Todo muy lentamente, sin vuelta atrás, hasta hacerla desistir y asumir la imposibilidad del retorno a casa.

—No te preocupes. Yo estoy aquí —decía el niño hablando desde las tinieblas de sus párpados hasta caer rendido de sueño, con el pensamiento puesto en aquel trozo de oscuridad abandonado y olvidado en un rinconcito del mundo.